
LE GUILLOU, M.-J., *Los testigos están entre nosotros. La experiencia de Dios en el Espíritu Santo* (Encuentro, Madrid 2013). (Edición española de G. Richi Alberti). 272 pp. ISBN: 978-84-9055-001-4

Sale a la luz la traducción española de la obra de M.-J. Le Guillou, *Les témoins son parmi nous. L'expérience de Dieu dans l'Esprit Saint* (Fayard, Paris 1976) (reeditado por Éditions Parole et Silence, Paris 2004). El promotor de la edición española, Gabriel Richi Alberti, Profesor numerario en la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid), conoce muy bien al autor. Prueba de ello son sus numerosas obras y artículos sobre Le Guillou¹. La invitación a la lectura es de Jaime López Peñalba y la traducción de Beatriz Gerez Kraemer. Además de traducir el cuerpo del texto, esta publicación tiene el gran valor de haber hecho una profunda revisión del aparato crítico, incluyendo, cuando ha sido posible, la edición española de las obras ya traducidas.

1 Cf. G. RICHI ALBERTI, *Teología del misterio: El pensamiento teológico de Marie-Joseph le Guillou o.p.* (Encuentro, Madrid 2000), traducido al francés en edición actualizada: *Théologie du mystère. La pensée théologique de Marie-Joseph Le Guillou, o.p.* (Parole et Silence, Paris 2012); *Id., Inventaire de la Bibliothèque du P. Marie-Joseph Le Guillou o.p.* (Subsidia Instrumenta 6, Universidad San Dámaso, Madrid 2013); *Id., Inventaire du Fonds P. Marie-Joseph Le Guillou o.p.* (Subsidia Instrumenta 5, Universidad San Dámaso, Madrid 2012). La edición española e invitación a la lectura de M.-J. LE GUILLOU, *El Rostro del Resucitado. Grandeza profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera del Concilio Vaticano II* (Encuentro, Madrid 2012) y las ediciones de la misma obra en italiano y francés: M.-J. LE GUILLOU, *Il Volto del Risorto. Grandeza profetica, spirituale e dottrinale, pastorale e missionaria del Concilio Vaticano II* (Cantagalli, Siena 2012); M.-J. LE GUILLOU, *Le Visage du Ressuscité* (Parole et Silence, Paris 2012). Otros artículos de G. Richi sobre Le Guillou: "Bibliographie de Marie-Joseph Le Guillou": *Nova et vetera* 75 (2000) n. 3, 63-87; "Perfil biográfico y teológico de Marie-Joseph Le Guillou o.p.": *Revista Española de Teología* 61 (2001) 53-100; "El Rostro del Resucitado de Marie-Joseph Le Guillou. Un valioso instrumento para una recepción teológica del Concilio Vaticano II": *Estudios Trinitarios* 47 (2013) 5-42; "Introducción", en: M.-J. LE GUILLOU, *El misterio del Padre* (Encuentro, Madrid 1998) 7-25.

El P. Le Guillou o.p. (1920-1990), doctor en teología, profesor del *Institut Catholique* de París y miembro del centro ISTINA de París y de la Comisión Teológica Internacional, con esta obra sobre el Espíritu Santo culmina su trilogía trinitaria, ya toda traducida al español, comenzada por una obra sobre el Hijo: *El que viene de otra parte. El Inocente* (Monte Carmelo, Burgos 2005) [*L'Innocent* (Cerf, París 1971)] y continuada con *El misterio del Padre* (Encuentro, Madrid 1998) [*Le Mystère du Père* (Fayard, París 1973)].

Los testigos están entre nosotros pretende ser, como señala el teólogo dominico en el Prólogo, un prelude de una *Teología del Espíritu Santo*, que estaba preparando pero no llegó a culminar. La obra es fruto de la viva inquietud que desde joven tuvo el autor sobre la acción eficaz del Espíritu Santo en todo el ser del hombre². La prueba y los frutos de una grave enfermedad le hicieron madurar en esta dirección. Su teología viene dinamizada por la búsqueda espiritual, en el sentido más propio de la palabra, la cual llevaba tiempo siendo alimentada con numerosos cursos promovidos por el Instituto Superior de Estudios Ecuménicos del Instituto Católico de París, que él mismo fundó, por seminarios con amigos ortodoxos como O. Clément y otros encuentros, retiros monásticos y reuniones sacerdotales. Su reflexión bebe de la teología y espiritualidad, tanto de la tradición oriental como la occidental. Esta obra, escrita en los años 70, será un aldabonazo e impulso para la “olvidada” pneumatología occidental. Eran también los primeros años de la Renovación Carismática Católica, a la que Le Guillou conoce bien y valora, al tiempo que pretende iluminar con su reflexión para evitar los posibles reduccionismos a los que lleva toda experiencia carismática que no se pone bajo el adecuado discernimiento eclesial.

El autor se pregunta desde el principio acerca de la experiencia sobre la acción transformadora del Espíritu. “Experiencia” entendido no en el sentido de la ciencia moderna (“lo experimental”), sino como “el conocimiento inmediato de la realidad concreta” (“lo experiencial”), citando a D. MOLLAT, *L'expérience de l'Esprit Saint selon le Nouveau Testament* (París 1973). Al partir de la experiencia su enfoque es testimonial. Pero, a diferencia de otros libros que refieren testimonios de vida (¿y cuántos hay que se reducen a un puro anecdotario!), la obra de Le Guillou está fundamentada en un serio estudio y profunda reflexión donde subyace permanentemente la cuestión de la transfiguración de todo el ser, incluido el cuerpo, realizada por el poder del Espíritu Santo. Para responder qué mejor que buscar en la Sagrada Escritura y la Tradición. Es el recurso del método teológico clásico. Pero nuestro autor no se queda en la pura exégesis o reflexión teórica. Indaga en el vasto acervo de la experiencia espiritual vivida por los apóstoles, los Padres del desierto, los santos y... por insignes teólogos mostrando su carácter de “testigos” de esta experiencia. Por eso el carácter testimonial tiene la máxima relevancia en este escrito. Y así consta desde el inicio. La *Introducción* se titula “La gran nube de testigos (Hb 12,1)” y en ella

2 Esta inquietud ya está en la base del tema de su tesina de teología presentada en la Facultad de Teología Le Saulchoir en 1949 sobre la caridad como forma de las virtudes en el pensamiento de Santo Tomás.

señala el objetivo de la obra, cuyas tres partes tienen el nexo de lo que podríamos llamar una teología desde el testimonio: “El *testimonio* apostólico” (I), “*Los testigos* de la tradición” (II) y “El esplendor del testimonio” (III). Este carácter testimonial hace comprensible el libro para todos, pero el objetivo del autor no consiste sólo en ayudar a conocer mejor la experiencia del Espíritu, sino sobre todo animar a acogerla siguiendo la vía emprendida por esos testigos: “nos invitan con su palabra y su ejemplo a dejar que el Espíritu del Padre habite en todo nuestro ser. Llegará a transfigurar nuestro cuerpo según nuestro grado de acogida” (pp. 33-34). El autor busca conectar con la experiencia íntima del lector de modo que pueda encontrar lo que ya brota en lo más profundo de su corazón.

La primera parte, sobre “el testimonio apostólico”, trata de la experiencia del Espíritu a partir del Nuevo Testamento y tiene cinco apartados. En el primero de ellos, “El corazón del Padre” (§1), el autor muestra cómo el Padre revela su Corazón al mundo dando testimonio del amor que tiene al Hijo en el Espíritu al decirle en el Jordán: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Mc 1,11). A su vez, el Hijo da testimonio del poder y la ternura del Espíritu que lo habita a través de sus palabras y acciones (como los milagros de curación y liberación demoniaca). Le Guillou vincula repetidamente este testimonio de amor del Padre y del Hijo con la entrega suprema en la Cruz. Ve en todo momento la donación kenótica que tiene como último término la teología del intercambio o la sustitución, por la que el Padre entrega al Hijo y el mismo Cristo se entrega para darnos la salvación y comunicarnos el Espíritu Santo.

El testimonio del Padre y el Hijo es continuado por “la experiencia apostólica” (§2). Los apóstoles fueron testigos directos de la acción del Espíritu en Jesús, pero sólo después de la resurrección y, sobre todo, tras Pentecostés comprendieron todo aquello que hasta ese momento les desconcertaba de Jesús. En Pentecostés experimentan la gracia de un “renacimiento en el Espíritu” que los conduce a vivir en comunión y unidad (cf. Hch 2,42). Además se manifiesta en ellos el Espíritu con poder a través de distintos dones carismáticos (curaciones, exorcismos, resurrecciones, predicación poderosa), que son signo de la veracidad de su testimonio acerca de la experiencia del Resucitado.

La experiencia de los apóstoles es la de todos los hijos de Dios (§3). El autor se adentra aquí en la teología de la filiación adoptiva realizada por el Espíritu que nos hace hijos en el Hijo (cf. Rm 8,14-17; Ga 4,6-7). Señala con claridad que en esta vida se puede vivir la gloria de la transformación operada por el Espíritu, pero ésta no elimina las flaquezas, la miseria del pecado, el dolor y la muerte. Se acoge el poder del Espíritu desde la humildad, siguiendo la kénosis de Cristo, y desde la alegría en el sufrimiento, como enseñan las bienaventuranzas. Así pues, la experiencia del Espíritu se da a través de un crecimiento espiritual, que pasa desde la conversión a dejarse conducir plenamente por el Espíritu, pasando por un proceso por el que el Espíritu va fortaleciendo el hombre interior transformándolo por el amor. El objetivo final es la unidad espiritual de “la ternura todopoderosa del Espíritu” y “la debilidad transfigurada de nuestro espíritu” (p. 76). Así, el Espíritu nos introduce en el Corazón del Padre, nos conduce a nuestros hermanos y, animados por el mismo Espíritu de amor, nos lleva a la bendición como expresión de gratitud (cf. Ef 1,3; 1P 1,3).

El ejemplo de los apóstoles testimonia que la experiencia subjetiva del Espíritu debe ir siempre unida a la objetiva. La objetividad de la referencia al testimonio apostólico garantiza la verdad de la vivencia espiritual subjetiva (§4). Es necesario el discernimiento eclesial para aclarar las frecuentes ambigüedades que surgen de la experiencia del Espíritu. San Pablo enseña a vivir en la experiencia de abandono en el Espíritu, pero estando atentos a la autenticidad. Valora los “carismas”, pero situándolos en su justo lugar: medidos por la Cruz de Cristo, auténtica sabiduría y manifestación de la caridad del Padre. Recuerda el orden y jerarquía que hay entre los carismas y previene ante las deformaciones y abusos, que pueden llevar a la confusión y recuerda que Dios es un Dios de orden y paz. El criterio de discernimiento supremo es la primacía de la caridad. El criterio auténtico no consiste en tener o no carismas, sino en la consistencia de los frutos, desde el marco de la fidelidad a la voluntad de Dios y la obediencia a sus mandatos en el amor. María representa el tipo de vida en la plenitud del Espíritu (§5). Lo acoge claramente en la anunciación y en Pentecostés, signo de lo que es su dependencia constante del Espíritu Santo. Así, el Espíritu la prepara para comprender internamente a su Hijo como siervo sufriente (la pobreza de Belén, la espada anunciada por Simeón...), asociándola plenamente desde los inicios al misterio de la Cruz y la Resurrección.

En la segunda parte, “Los testigos de la tradición”, analiza diversas experiencias espirituales de la tradición cristiana de Oriente y Occidente. Comienza con los testigos por excelencia: “los mártires” (§6). Con textos de las actas de los mártires señala cómo la gloria del Resucitado se muestra ya luminosa en su muerte. Al entregar la vida, el mártir participa de la Cruz de Cristo, pero en él se manifiesta al mismo tiempo la gloria del Resucitado y la alegría del Espíritu, mostrándose en el acto martirial la unidad y plenitud del misterio pascual. Se detiene más en explicar “la progresiva iniciación a la vida en el Espíritu” (§7), tanto como experiencia personal como eclesial. En cuanto a lo personal, el autor subraya la importancia de la unión entre el bautismo y la experiencia del Espíritu, que la tradición de la Iglesia ha visto siempre unidas, así como la vinculación entre la experiencia del Espíritu y la de los carismas. Recoge diversos testimonios de padres del desierto que, ejerciendo la paternidad espiritual, van educando el proceso personal a partir de la luz inicial de la conversión, sosteniendo el necesario combate espiritual, teniendo en cuenta que el fin de todo el camino es la progresiva inhabitación del Espíritu en el corazón humano. Pero para poder acoger dócilmente al Espíritu es necesario vivir desde esa “impotencia transfigurada”, que muestra el proceso a través del cual Dios va purificando el alma llevándola a la humildad para prepararla a acoger el don del Espíritu. Y así el cristiano llega a la experiencia pascual tras pasar por la kénosis de la purificación. Esta experiencia espiritual personal tiene un marco y vivencia eclesial. La Iglesia nos muestra la experiencia de la filiación adoptiva del hombre nuevo que participa de la naturaleza divinizada del Verbo encarnado. Le Guillou cita gran cantidad de textos, en su mayoría de Padres orientales y místicos de Oriente y Occidente, donde se manifiesta el fruto de la vida en el Espíritu tras el proceso de asumir la cruz como instrumento de transfiguración de toda la vida. La experiencia transformante del Espíritu es una “pas-

cua”, que pasa por la muerte de uno mismo para llegar a la resurrección, lo cual se refleja hasta en el resplandor del rostro. Así mismo no es extraño que les acompañen dones carismáticos extraordinarios, porque al rebosar del Espíritu ponen sus dones al servicio de los hermanos.

El sentido de esta iniciación en la vida en el Espíritu es la transfiguración por el Espíritu (§8). Nuestro autor insiste en que la acción del Espíritu no es parcial o fragmentaria, sino que afecta a todo el ser, incluido el cuerpo, llevando a la unidad, a la integración y al orden. La transformación del cuerpo es participación de la vida del Resucitado. Desde esta perspectiva la cruz es “gloria” (§9). El amor a la Cruz es un elemento común en santos de Oriente y Occidente, un amor tan fuerte que transfigura la misma muerte mostrando ya en ella la luz de la gloria. En comunión con esta cruz gloriosa se inscribe la espiritualidad del Corazón de Cristo (§10), corazón traspasado desde donde brotan ríos de agua viva, signo del amor del Siervo sufriente. Esta espiritualidad va muy unida a la vivencia de la Eucaristía en sentido reparador. Tanto la espiritualidad del Corazón de Cristo como la mariana están marcadas por el misterio de la sustitución. Desde esta perspectiva aborda “la llamada moderna del Espíritu” (§11). María es imagen de la debilidad transfigurada que se entrega en la Cruz y, como se manifiesta en Lourdes, su luz transfigurada llena de gloria también a Bernardette, que aquí Le Guillou ve como signo de la Iglesia pobre, crucificada, en agonía. Los santos que han aceptado su debilidad como camino de santidad (como Teresa del Niño Jesús) llegan al fondo del misterio de la sustitución: ocupan el lugar de los pecadores en el amor misericordioso de Dios. De nuevo nuestro autor subraya la unidad del misterio pascual: “no hay transfiguración sin agonía” (p.181) y la llamada a vivir en “la debilidad transfigurada” para el bien del mundo.

La segunda parte termina con una explicación de las notas características de la Renovación Carismática. El autor lo hace de un modo sucinto, claro y muy acertado describiendo esta experiencia eclesial que suscita y promueve una reactualización existencial de la gracia bautismal, a través sobre todo de la efusión de los dones del Espíritu y la apertura a los dones carismáticos al servicio de la comunidad. Es una experiencia que manifiesta en los sencillos el poder y la fuerza de Dios, bendición que transforma la vida y se transmite a través del testimonio. Junto con aspectos esenciales de esta oración, como la alabanza y la intercesión, explica el desarrollo en la Renovación de dones tan característicos como los de profecía, lenguas, sanación y liberación. Señala también otras experiencias de renovación como las adoraciones ante el Santísimo, que bajo diversos estilos, buscan una experiencia de fe que afecte al hombre en su totalidad.

La tercera parte (“El esplendor del testimonio”), la más breve, retoma de un modo más sistemático lo tratado anteriormente. Comienza con “La fuente de agua viva” (§12), punto de partida y de llegada: Cristo como fuente del Espíritu. Tres textos ya eligió sobre este tema para ser citados entre la preciosa dedicatoria (“a los pobres... a los pequeños”) y el Prólogo: Jn 7,37-39: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba...”; Jn 19, 34-37: “... y al instante salió sangre y agua”; Ap 22,1-2: “... me mostró el río de agua de Vida”. Aquí vuelve a hablar del Corazón de Cristo, revelación

del amor de Padre e Hijo en el Espíritu, que se entrega en amor pleno a nuestro corazón. De Cristo (“de su costado”) nace la Iglesia, que es obra conjunta de Cristo y del Espíritu, de ahí que podamos llamarla “Iglesia del Espíritu” (§13). Iglesia que sólo tiene una ley: “la ley del Espíritu” (§14), la del amor. El hombre puede así entrar en el conocimiento personal y experiencial de las Personas divinas, como enseña la gran tradición patristica y teólogos como Santo Tomás. El libro concluye señalando la necesidad de entrar en un serio discernimiento de lo que es y no es la vida en el Espíritu (§15). Lo señala a través de los siguientes peligros: 1. Despreciar la libertad y la razón humana, siendo rechazable toda experiencia religiosa que tenga un carácter antirracional o que niegue la libre cooperación humana. 2. Sobrevalorar los carismas y oponerlos a la jerarquía, lo cual pone en riesgo la unidad de la Iglesia, como hizo el movimiento montanista. 3. Cuestionar la vida sacramental, convirtiendo la experiencia subjetiva en norma propia. 4. Caer en sentimentalismo, quedándose meramente en lo emocional. 5. Olvidar la dimensión crucificada de la Iglesia. 6. Minimizar la importancia de los carismas y ahogarlos. Concluye, de modo positivo, con los criterios de la experiencia del Espíritu, que se resumen en la caridad, expresión del misterio de la Cruz.

En suma, se trata de una obra madura que tiene en el testimonio el hilo conductor, muestra de esa teología vivida que es espiritualidad y de esa espiritualidad pensada que se hace teología. Manifiesta el equilibrio necesario entre dogma y experiencia, entre lo objetivo y la experiencia más vivencial. Es una obra ágil, que llena el entendimiento y el corazón. Que provoca lo que comunica. El autor es un testigo de la acción del Espíritu, que se suma a esa “ingente nube de testigos”. Y el lector se ve estimulado a ser él mismo testigo de esa experiencia, que no por tener esa dimensión subjetiva, deja de ser profunda, real y duradera cuando está enraizada en la experiencia secular del Espíritu vivido por la Iglesia desde la primerísima época apostólica. Un pensar animado por tantas citas bien armonizadas, desde Tomás de Aquino a Bernardette, de Gregorio Palamás a Teresa del Niño Jesús, reflejan el acervo intelectual y espiritual de un autor, al cual la providencia divina quiso que viviera la experiencia transformadora del Espíritu siempre unida al misterio de la cruz gloriosa. La obra articula de un modo admirable la reflexión teológica con la experiencia personal y eclesial de la acción transformadora de todo el ser operada por el Espíritu Santo, siendo un ejemplo de lo que podríamos llamar una “pneumatología experiencial”.